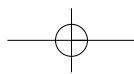
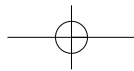
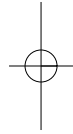


Falsa inocencia



La Romántica





Laura Lee Guhrke

Falsa inocencia

Traducción de Anna Turró

Esencia/Planeta

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro, está calificado como **papel ecológico** y ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin el previo
permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados

Título original: *Not so innocent*

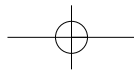
© Laura Lee Guhrke, 2002
Publicado de acuerdo con el editor original, Pocket Books, un sello de Simon & Schuster, Inc.
© por la traducción, Anna Turró, 2008
© Editorial Planeta, S. A., 2009
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

Diseño de la colección: Laura Comellas / Departamento de Diseño,
División Editorial del Grupo Planeta
Realización de la cubierta: Departamento de Diseño, División Editorial del Grupo Planeta
Ilustración de la cubierta: Alan Ayers
Fotografía de la autora: © CC Photography
Primera edición en Colección Booket: octubre de 2009

Depósito legal: B. 33.273-2009
ISBN: 978-84-08-08811-0
Impresión y encuadernación: Litografía Rosés, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Biografía

Laura Lee Guhrke es licenciada en Empresariales por la Boise State University. Desde la publicación de su primer libro ha recibido numerosos elogios y excelentes críticas, tanto por las historias que narra en sus novelas como por su estilo. Su labor ha sido recompensada con el premio más prestigioso del género, el Romance Writers of America Rita Award. También ha sido merecedora del CataRomance Reviewers Choice Award y del K.I.S.S. (Knight in Shining Silver) Award Romantic Times, que se otorga a los mejores protagonistas masculinos, por su novela *Amor prohibido*, publicada por Esencia y Booket. Además de colaborar como articulista en diversos medios escritos, como el *Romance Writers Report*, *The British Weekly* y el *Irish-American Press*, Laura Lee Guhrke ha escrito catorce novelas románticas históricas, de las que Booket ha publicado, además de la ya citada, *En el lecho del deseo*, *Todos sus besos*, *Un lugar para Conor* y *Falsa inocencia*.



*Para Kristen, que siempre me hace las
preguntas más difíciles de responder*



Agradecimientos



Me gustaría dar las gracias a dos personas muy especiales que me han ayudado mucho en los trabajos de investigación de este libro: Paul Dew, relaciones públicas de New Scotland Yard, quien contestó a todas mis preguntas, incluso a las más tontas; y Ray Seal de The Metropolitan Police Historic Store, por esas fotografías tan geniales. Mi más sincero agradecimiento a ambos.



1



Londres, 1897

Cuando Mick Dunbar se despertó esa mañana del 28 de mayo no era un hombre feliz. Cumplía treinta y seis años, y tenía que hacer frente al amargo hecho de que ya no era tan joven.

Ese día en concreto, incluso se sentía mayor. Le dolía el hombro a causa de la herida de bala que había recibido diez años atrás, estaba convencido de que tenía más canas que la noche anterior y ni siquiera haberse afeitado el bigote le hacía aparentar menos edad. Mick supo que ese día iba a ser muy, muy largo.

Tan pronto como puso un pie en Scotland Yard, vio que las bromas relacionadas con su cumpleaños ya habían empezado. Su despacho estaba vacío. Su mesa, sus sillas, las carpetas de sus casos habían desaparecido. Se habían llevado incluso las condecoraciones que a lo largo de su carrera había ido colgando en la pared.

—¡Thacker! —gritó y vio cómo el sargento salía corriendo de la habitación que en el departamento de investigación criminal utilizaban como sala de reuniones—. ¿Se puede saber qué está pasando aquí?

La mueca que dibujó el pelirrojo mostacho del sargento le indicó a Mick que Thacker estaba al tanto del asunto.

—El inspector jefe De Witt ha decidido que hoy era el día perfecto para pintar su despacho.

—Seguro que sí —masculló Mick entre dientes. Ni siquiera

su jefe había podido resistirse a tomarle el pelo—. ¿Y dónde están mis cosas? ¿En la morgue?

—No, señor. Están en la planta de abajo. Sígame.

Mick bajó la escalera junto con el sargento. Aparte de la morgue, era el peor lugar que podían haber escogido los chicos. Todo el que iba a dar parte de un delito, tenía que pasar primero por allí. Era un lugar caótico, ruidoso y lleno de gente.

Thacker lo llevó hasta el centro de la habitación. Su mesa estaba allí cubierta por un montón de expedientes, y las carpetas de los casos abiertos estaban en el suelo, rodeándola por completo. Mick, que era sin duda el oficial más obsesionado con el orden de toda la Policía Metropolitana, miró todo ese caos y renegó tan fuerte que se lo oyó por toda la sala.

Todos los policías se echaron a reír mirándolo divertidos. Pero a medida que se acercaba a la mesa se dio cuenta de que la broma aún no había llegado a su fin. Apoyado en el respaldo de su silla había un bastón.

Mick miró ese símbolo de la tercera edad y frunció el cejo. Gastar bromas cuando era el aniversario de uno de ellos era el pan de cada día, y él solía reírse tanto como los demás, incluso cuando era la víctima. Pero ese año no.

Cogió el bastón y, sin ninguna delicadeza, se lo dio a Thacker.

—Tire esto a la basura.

—Feliz cumpleaños, señor. —Thacker le dio una sincera palmada en la espalda que sólo hizo que le doliera aún más el hombro—. Ya se imaginaba algo como esto, ¿verdad?

—Sí, me lo imaginaba.

—Anímese, señor. Cuando estaba en la marina, al servicio de su majestad la reina, me hicieron cosas peores. —Le sonrió—. Y, no se lo tome a mal, pero yo podría haberle dicho de antemano que eso no iba a servirle de nada.

—¿El qué?

—Afeitarse el bigote. —Sin cortarse por la mirada asesina de Mick, Thacker continuó—: ¿Qué se siente al hacerse viejo?

—Tener treinta y seis años no es ser viejo. —Mick se sentó y escudriñó el montón de papeles e informes que cubrían por completo su mesa—. ¿Algún caso nuevo entre todo este desorden?

Thacker cogió un par de expedientes que había debajo de una pila.

—Hoy han llegado estos dos, señor.

Mick cogió un montón de los papeles que inundaban el escritorio y los dejó en el suelo, para tener así un poco de espacio donde trabajar y aceptó los expedientes que le daba el sargento.

—Ayer encontraron a una mujer ahogada en las orillas del Támesis, justo al lado de Tower Bridge —explicó Thacker—, y una vizcondesa dice que le han robado su collar de esmeraldas.

El cadáver parecía más interesante que las joyas. Mick abrió primero ese expediente y leyó el informe sobre el caso.

—El forense cree que se suicidó —continuó Thacker—, pero dijo que tendría que esperar hasta esta tarde para poder estar completamente seguro.

—Por supuesto que se suicidó —contestó Mick, y cerró la carpeta de golpe—. El informe dice que tres testigos vieron cómo la mujer saltaba. ¿En qué estarían pensando los de la Policía Portuaria para enviar aquí este caso?

—Richard Munro me ha dicho que le felicite de su parte.

—Siempre ha sido muy detallista. Llame a su oficina y dígame que más le vale que venga a la morgue a las tres y media. Para entonces, Cal ya habrá acabado con la autopsia. Dígame a Richard que, como no venga, le contaré a su mujer adónde fuimos la víspera de su boda.

Thacker se rió, y Mick dejó a un lado ese primer expediente. Cogió el segundo. Le echó un vistazo y sacudió la cabeza.

—¿Una vizcondesa malcriada que ha perdido sus esmeraldas?
No, gracias.

—La última vez que se puso ese collar fue para asistir a un baile, y está convencida de que cuando regresó a su casa lo guardó en el joyero. Jura y perjura que esta noche alguien se lo ha llevado. Sospecha de la doncella. Parece un caso muy fácil.

A Mick no le tentaba en absoluto.

—Déselo a uno de los detectives más jóvenes. Necesitan experiencia.

Thacker cogió la carpeta.

—Se lo daré a...

El sargento fue interrumpido por los fuertes e indignados gritos de una mujer que resonaban por toda la sala.

—Ya se lo he dicho, jovencito, quiero ver al inspector Michael Dunbar, y si no está en su oficina, ¿se puede saber dónde se ha metido?

Mick levantó la vista. Cuando vio a la corpulenta y acalorada mujer que estaba en recepción con el agente, supo que su día iba de mal en peor.

Era la señora Tribble, su casera, una mujer con una voz insoponible y unos modales aún peores. Cuando ella lo vio, Mick intentaba cubrirse con la carpeta que estaba sujetando, pero no lo logró.

Las botas de la señora Tribble retumbaron por el suelo a medida que ella y su considerable peso avanzaban hacia su escritorio.

—Señor Dunbar, he venido a denunciar un delito. —Golpeó la mesa con el puño—. Un delito infame.

La señora Tribble siempre denunciaba delitos infames. Dos semanas atrás perdió un anillo e insistió en que se lo habían robado. El mes anterior dijo que un hombre que hacía cola tras ella para coger el ómnibus se había propasado. Mick sospechaba que eso era lo que a ella le hubiese gustado.

—¿Y de qué delito se trata?

—Mi *Nanki Poo* ha desaparecido. Le han secuestrado.

Nanki Poo era su pequeño y mal educado pequinés de morro chato. Había gente que creía que los pequineses eran perros; en opinión de Mick, como mascota dejaban mucho que desear, y todo el mundo saldría ganando si se los usara para limpiar el polvo.

—Cuando reciba la nota pidiendo un rescate me la hace llegar.

—¿Eso es todo lo que piensa hacer? —Lo miró indignada.

Mick oyó a Thacker intentando no reírse, y decidió que había llegado el momento de vengarse del sargento por haberle dicho que se estaba haciendo mayor.

—En absoluto. El sargento Thacker se encargará de la investigación. —Mick se levantó ante la desesperada mirada de su ayudante—. Yo me tengo que ir, pero usted ayudará a la señora Tribble en todo lo necesario, ¿no es así, Thacker?

El sargento señaló la puerta con la empuñadura del bastón que aún llevaba en la mano.

—Sígame, madame.

Mick dejó a su casera en manos de Thacker y se fue de Scotland Yard, pero apenas había llegado a la calle Parliament cuando su día empeoró aún más. Oyó ruido de cristales rompiéndose, de madera que se partía y gritos de terror; al levantar la cabeza, vio cómo alguien estrellaba su nuevo Benz en el escaparate del pub Boar's Head.

—Maldita sea. —Mick cruzó la calle esquivando el tráfico y esperando que nadie hubiera muerto; porque entonces tendría que visitar a sus familiares para darles la mala noticia. Eso era algo que odiaba.

Por suerte, nadie había resultado herido en el accidente, excepto el conductor del Benz, que tenía un corte bastante profundo en la frente, aunque estaba demasiado borracho como para sentir

ningún dolor. En su estado de embriaguez, el muy idiota había pensado que podía ser divertido atravesar el ventanal del Boar's Head.

Mick no estuvo de acuerdo y arrestó al tipo sin importarle que él no dejara de repetir que era sir Roger Ellerton, y que su padre era conde. Mick llevó a sir Roger a la comisaría de Cannon Row, justo al lado de Scotland Yard, y lo acusó de daños a la propiedad y alteración del orden público.

—¡No puede *aguestarme, gretino!* —Sir Roger vociferó unos insultos propios de un marinero y estrelló su puño contra la mejilla izquierda de Mick.

Mick era un hombre corpulento, y aunque el impacto de ese puño le hizo ver las estrellas durante unos segundos, ni siquiera se tambaleó. No tardó en devolverle la cortesía, y un aturdido sir Roger se derrumbó entre los brazos de Anthony Frye, el sargento del turno de día.

—Enciérrelo en una celda —ordenó Mick—, donde pueda dormir la mona.

Anthony sonrió por encima de la cabeza inerte de sir Roger.

—Va a salirle un buen morado... ahora que se está haciendo viejo.

—Treinta y seis años no es hacerse viejo.

—Feliz cumpleaños.

Mick se limitó a responder con un gesto obsceno que sólo logró que Anthony se riera aún más. Mick escribió el informe sobre el arresto de sir Roger, al que añadió el cargo de asalto a un agente del orden, y abandonó la comisaría. Tomó un ómnibus hasta Piccadilly Circus y se pasó las seis horas siguientes investigando uno de sus casos abiertos.

Pasadas las tres, regresó a Scotland Yard. Se detuvo junto a un puesto de comida en Cannon Row para comprar un bollo relleno,

pero sólo quedaban de cordero. Mick odiaba el cordero, lo odiaba con la misma pasión con que odiaba al Manchester United y a los periodistas. Cualquiera con un mínimo de sentido común sabía que el Celtic, y no el United, era el único equipo de fútbol que merecía la pena, y los periodistas sólo servían para amargarles la vida a los policías. El cordero no era bueno ni para los perros. Decidió esperar hasta la hora de cenar.

De vuelta en Scotland Yard, Mick fue directo a la morgue con la intención de confirmar el suicidio de la mujer que había saltado desde Tower Bridge y cerrar así aquel caso.

Tras observar el cuerpo de Jane Anne Clapham encima de la camilla, Mick decidió que, en lo que a cadáveres se refería, las víctimas de ahogamientos eran los peores. El cieno y el barro se habían secado dando un tono verdoso a la piel de la mujer, y las algas del Támesis aún colgaban de sus azules labios.

Miró a los otros dos hombres que rodeaban la camilla, Richard Munro y Calvin Becker. Cal, el forense de la policía, comía relajado un bocadillo de salchichas mientras le transmitía el parte a Mick.

—La causa de la muerte es el ahogamiento. —Le pasó la bolsa de los bocadillos a Mick y continuó—. En lo que se refiere a los moratones, son todos post mórtem, probablemente causados por la corriente del río al arrastrar el cuerpo.

Mick cogió un bocadillo y estudió a la mujer muerta mientras comía.

—¿Dónde la encontraron?

—En el muelle Butler. El cadáver bajó flotando desde Tower Bridge hasta quedar atascado allí abajo. Lo encontraron un par de chicos que jugaban por la zona.

—Es un claro caso de suicidio —afirmó Richard—. ¿Por qué si no iba a subirse alguien a la barandilla de un puente si no tuviera intenciones de saltar?

—¿Cuándo murió? —preguntó Mick mirando a Cal.

—Es difícil de decir. Hará unos quince días, como mínimo.

A Mick le parecía un caso muy claro.

—¿Algo más?

—Hay un detalle un poco extraño —dijo Richard—. Cuando fuimos a su piso en Bermondsey, encontramos una nota de suicidio dirigida a su hijo.

—¿Qué hay de raro en eso?

—Que su hijo murió hace quince años.

Ni eso logró despertar la curiosidad de Mick, y como ya tenía más casos de los que podía resolver, decidió no continuar con la investigación.

—Era una mujer mayor, probablemente senil. Cerremos el caso, caballeros.

Richard se metió la mano en el bolsillo y sacó un montón de papeles doblados por la mitad.

—Ya que es tu cumpleaños, creo que disfrutarás redactando tú el informe.

—Ni lo sueñes —dijo Mick sacudiendo la cabeza—. El cadáver apareció en el Támesis. Tú representas a la Policía Portuaria. Una de las ventajas que tiene mi cargo es que puedo escoger mis casos. Tú no. Este caso es tuyo.

—¿Estás seguro de que no lo quieres? Tú conocías a esta mujer.

Mick frunció el cejo y volvió a mirar a la fallecida.

—¿En serio?

—El caso Clapham. Trabajamos juntos en él. Mandamos a su marido, Henry Clapham, a Newgate. Unas semanas más tarde, lo mató otro preso. De eso hará unos doce años. Hablamos con ella y, cuando tú y yo testificamos en el juicio, también estaba allí.

Mick sacudió la cabeza.

—Mira, he trabajado en tantos casos, que ya es mucho si me acuerdo de los que llevé hace un par de años. ¿Cómo quieres que recuerde los detalles de uno de hace doce?

—¿Estás empezando a perder la memoria? Bueno, ya se sabe que con la edad...

Mick dio media vuelta de golpe.

—Tengo muchos casos que resolver. Me voy.

Se marchó de la morgue y regresó a su oficina provisional. Apenas acababa de quitarse la americana, cuando David Fletcher, uno de los agentes, se acercó a él.

—Mientras estaba fuera han dejado un mensaje para usted de la comisaría de Bow Street —dijo el joven policía—. Ha llamado Billy Mackay para decirle que esta noche celebrarán su cumpleaños en el White Horse y no en el Boar's Head. Y DeWitt quiere hablar con usted. Ha dicho que quería verlo en su despacho tan pronto como regresara.

Mick no tenía ninguna duda de por qué el superintendente quería verlo, y sabía que no tenía nada que ver con su cumpleaños. ¿Por qué DeWitt habría escogido precisamente ese día para echarle la bronca?

Las primeras palabras que salieron de la boca del inspector jefe confirmaron lo que Mick ya sospechaba.

—¿Es que se ha vuelto loco? —gritó en cuanto Mick puso un pie en su despacho y cerró la puerta—. ¿Sabe quién es sir Roger Ellerton?

Mick se encogió de hombros.

—Dijo que era el hijo de un conde.

—¡Es el hijo del conde de Chadwick! —DeWitt se frotó la calva con las manos y los pocos pelos que quedaban en ella se le pusieron de punta. Prosiguió furioso—: Chadwick es el primo del secretario de Estado. ¡Y, por si lo ha olvidado, el secretario de Estado es el director de Scotland Yard!

Mick soltó el aliento muy despacio. Ese día no iba camino del infierno. Ya había llegado allí.

DeWitt ordenó que dejaran libre a sir Roger inmediatamente, amonestó a Mick y le dijo que se lo sancionaría deduciéndole un día de salario de su sueldo. Luego le recordó que a la gente como sir Roger no se la detiene, y le dejó claro que, si alguna vez volvía a hacer algo parecido, quedaría suspendido de su cargo. Cuando Mick ya iba camino de la puerta, DeWitt volvió a hablar, aunque esta vez en un tono más suave.

—Antes de que se vaya, tengo algo más que decirle.

Él se dio la vuelta.

—¿Señor?

—¿Qué le parece su nueva oficina? —DeWitt sonrió.

—Me encanta —respondió Mick intentando sonreír a su vez—. ¿Cuándo podré regresar a mi antiguo despacho?

—Dentro de unos días. Cuando la pintura esté seca.

Él asintió resignado; estaba convencido de que su despacho no necesitaba para nada ser repintado.

—¿De qué color será ahora, violeta?

DeWitt sacudió la cabeza a modo de negación.

—No, verde loro.

—Mi favorito. —Mick sabía que el superintendente le estaba tomando el pelo con lo del color, pero no en lo que se refería a sir Roger y su suspensión. Regresó a su escritorio en la planta de abajo y trató de encajar estoicamente la bronca que acababan de echarle, pero no pudo evitar sentirse frustrado.

A diferencia de sir Roger, Mick no tenía parientes con título que pudieran sacarle las castañas del fuego. De hecho, Mick no tenía a nadie. Había tenido que solucionarse él solo la vida. Todo lo que había conseguido había sido a base de esfuerzos y sacrificios. Había trabajado tanto y tan bien, que en el último año DeWitt lo

había incluido en la comisión de Scotland Yard, que sólo constaba de seis miembros. El cargo conllevaba una sustancial subida de sueldo y le permitía escoger los casos en los que quería trabajar.

Mick se apoyó en la silla. Parecía que hubiera sido ayer cuando entró en el cuerpo, un novato de los barrios bajos que era mejor saltándose la ley que haciéndola cumplir.

Ahora todo era distinto. Después de diecisiete años en la Policía Metropolitana, diecisiete años de trabajo duro, de ahorrar hasta el último penique, de vivir en un apartamento de una sola habitación, Mick podía permitirse por fin lo que había deseado toda su vida: una casa.

Casi podía verla; una casa en una calle tranquila, en un vecindario respetable, con al menos cinco habitaciones, baños modernos y un gran jardín con unos viejos robles en la parte de atrás. Era la casa perfecta para un hombre que siempre había soñado con tener un hogar, una familia.

Pero no tenía sentido comprarse una casa así si ni siquiera estaba casado, y hasta que encontrara a la mujer adecuada, le bastaba con su piso de una habitación y su pesada casera con aquella especie de perro escoba.

Mick miró el reloj que colgaba de la pared. Eran las cuatro y media y se suponía que en media hora tenía que encontrarse en un pub con Billy y Rob para celebrar su cumpleaños. No había comido en todo el día, y se le hacía la boca agua sólo de pensar en un filete poco hecho, unas patatas fritas y una cerveza, pero no podía soportar la idea de dejar su escritorio tan desordenado. Estaba ordenando los papeles cuando una voz muy dulce, educada y femenina llegó a sus oídos.

—... y creo que es mi obligación como ciudadana informarles de esto. Como detectives, ustedes sabrán cómo resolver la situación. Yo no tengo experiencia con estas cosas. Con asesinatos, quiero decir.

Mick levantó la cabeza al oír la palabra «asesinato» y vio a la joven que estaba sentada frente al escritorio de Fletcher, una mujer a la que se veía por completo fuera de lugar allí, en las oficinas de Scotland Yard. Observó cómo el delicado vestido de seda amarilla remarcaba su figura. Esa prenda, se cerraba en el cuello con un montón de lacitos de un color verde oscuro, y algunos estaban desatados. Del sofisticado sombrero que lucía, se escapaban mechones de un sedoso cabello castaño oscuro.

—Después de todo —prosiguió la muchacha—, vi a ese pobre hombre allí tumbado, cubierto de sangre y muerto. Estoy convencida de que ustedes pueden hacer algo al respecto.

Mick enarcó una ceja. Era raro que una mujer que parecía tan delicada hablara de esas cosas y de ese modo. Ése era un caso que tal vez sí merecía ser investigado.

Como si ella se hubiera dado cuenta de que la estaba mirando, se volvió en su dirección. Cuando lo vio, sus bonitos ojos oscuros se dilataron de asombro. Fletcher empezó a pedirle los acostumbrados datos de los informes policiales y ella contestó sin apartar la mirada de Mick.

—Haversham. Señorita Sophie Haversham. 18 de Mill Street, Mayfair.

Fletcher apuntó la información y luego formuló la misma pregunta que le rondaba a Mick por la cabeza.

—¿Y cómo es que una mujer de su clase tiene información sobre un asesinato, señorita Haversham?

Ella no contestó. En vez de eso, se levantó y se apartó del escritorio de Fletcher, dejando al asombrado agente con la boca abierta y con una pregunta en la punta de la lengua. Se encaminó directamente hacia Mick.

—Creo que lo mejor sería que hablara de esto con usted, señor... —se detuvo para mirar la placa que había encima de su

mesa—, inspector Dunbar —completó. Mientras se sentaba, Mick percibió la delicada fragancia de su perfume; especiado y exótico, una esencia que no reconoció.

Aunque su vestido parecía caro, al ver los puños gastados Mick dedujo que no era nuevo. Supuso que se trataría de una de esas jóvenes de buena familia venida a menos. Había docenas como ella en el West End. Estaba nerviosa, no paraba de mover y apretarse los dedos enguantados, como si estuviera tratando de hacer acopio de valor. Era una reacción de lo más normal si realmente había descubierto un cadáver. Continuó mirándole sin decir nada, con una especie de fascinación que Mick no lograba entender.

Él estaba acostumbrado a que las mujeres se fijaran en él. Era un hombre alto, fuerte y moreno, de ojos azules y tez bronceada que muchas mujeres encontraban atractivo. Pero eso no se le había subido a la cabeza; la mayoría de las mujeres que él conocía pertenecían a la clase trabajadora, y creían que un hombre soltero que aún tuviera todos los dientes y con un empleo estable era un buen partido. Pero esa joven no era de éstas, y por eso le parecía raro que lo mirara con tanta intensidad. Era de mala educación.

Aunque a él no le importara en absoluto. Decidió devolverle la mirada y disfrutar de la contemplación. Ella tenía los ojos de color castaño oscuro, rodeados de espesas pestañas y la piel sedosa y marfileña típica de las jóvenes de su clase. Pero cuando vio sus labios, Mick se quedó sin aliento. Aquella boca no tenía nada que hiciera pensar en una remilgada dama de la alta sociedad. Era ancha, generosa; el labio superior estaba perfectamente dibujado y el inferior parecía tan suave, tan delicioso, que cualquier hombre que lo viera, Mick incluido, no podría dejar de tener pensamientos lujuriosos o deseos pecaminosos. A él le costó mucho volver a concentrarse en lo que hacía.

Apartó una pila de expedientes y cogió un lápiz y un bloc.

—¿Dice que viene a dar parte de un asesinato?

Ella siguió mirándolo en silencio durante unos instantes, y de repente sacudió la cabeza, como si despertara de un sueño.

—Siento haberme quedado mirándolo, pero estoy un poco alterada —dijo ella con voz temblorosa que sólo sirvió para dar aún más credibilidad a sus palabras—. Es normal tras ver un asesinato, ¿no?

Sin esperar a que él contestara, continuó:

—Oh, de vez en cuando he tenido que enfrentarme a algún delito. Un pequeño robo de uno de los miembros del servicio, un comerciante que intentó estafarme con el precio u otro que trató de venderme menos cantidad de la que yo pedía, esas cosas. Y los huérfanos de la calle, que parecen tan inocentes cuando te piden dinero, y luego ves que te han robado el bolso. Pero un asesinato, me temo que con eso no me había topado nunca.

Se detuvo para recuperar el aliento, pero no lo bastante como para que Mick pudiera interrumpirla.

—Claro que hubo esa vez en que la señora Archer golpeó al señor Archer en la cabeza con una sartén de hierro. Él murió, pero ella no tenía intenciones de matarlo, creo, sólo quería golpearle, y eso no es lo mismo que un asesinato. ¿A que no?

Mick estaba perplejo, mirándola, aturdido por lo rápido que salían las palabras de su boca. A medida que ella divagaba sobre el señor y la señora Sartén, Mick se olvidó de toda la lujuria que le habían despertado aquellos labios, y se preguntó si aquel monólogo iba a llegar a algún lado.

—Ni siquiera había imaginado que algo así pudiera ocurrir. —Ella seguía hablando—. Y, de haberlo intuido, no estoy segura de que hubiera hecho nada para impedirlo. Archer era un hombre muy cruel y, aunque era su marido, me atrevería a decir que ella se estaba defendiendo. —La señorita Haversham hizo una mueca de

desaprobación—. Él bebía, y los hombres que beben pueden llegar a ser muy desagradables, incluso violentos. —Señaló la cara de Mick—. Pero usted ya lo sabe.

Él irguió la espalda, y sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo de arriba abajo. Era una sensación que le resultaba muy familiar, solía tenerla antes de entrar en un antro de opio de Limehouse o al penetrar en un callejón oscuro de Whitechapel pasada la medianoche. Una sensación que le decía que tenía que ir con cuidado y prestar mucha atención.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, ¿eso no se lo ha hecho un borracho? —preguntó Sophie—. Tengo la impresión de que ésa es la causa de su ojo morado. —Antes de que Mick pudiera preguntar por qué tenía esa impresión, ella volvió a hablar a la vez que fruncía el cejo—. Claro que a lo mejor me equivoco. Hay tantas posibilidades flotando en el aire, que me cuesta distinguirlas. A veces me hago un lío.

Mick no tenía ninguna duda de que así era. Si en todo aquel embrollo había en verdad algún crimen, quería los detalles lo más rápido posible.

—Hábleme del asesinato que ha visto.

—Bueno, de hecho no lo he visto con mis ojos, pero las sensaciones que he percibido han sido tan fuertes, que es como si lo hubiera presenciado.

Mick no tenía ni idea de lo que estaba diciendo.

—¿Ha visto o no un asesinato?

Ella levantó la cabeza y lo miró con sus preciosos ojos color chocolate.

—Por supuesto. ¿No es eso lo que le he estado diciendo?

Él no respondió a esa pregunta. Volvió a intentar sacar algo en claro.

—¿Dónde ha tenido lugar ese asesinato?

—No estoy del todo segura. —Cerró los ojos y ladeó la cabeza, con lo que una de las plumas del sombrero le cayó en la cara—. Llevó rato intentando averiguarlo. Puedo ver con claridad que es al aire libre; con árboles, césped y esas cosas. Hay un camino de rododendros y una estatua de bronce, aunque ha perdido color y tiene un tono verdoso, con lo que, entre la maleza, esas estatuas son muy difíciles de distinguir, ¿no cree? —Abrió los ojos y apartó la pluma—. ¡Lo tengo! Es Robert Burns. Eso es.

Mick se quedó mirándola medio aturdido. No entendía qué tenía que ver Robert Burns con todo aquello. En especial porque ya llevaba muerto casi un siglo.

—No entiendo nada.

—La estatua que veo es la de Robert Burns. Así que el asesinato debe de ser cerca de los jardines de Victoria Embankment.

—¿Debe de ser? ¿Acaso no sabe dónde estaba usted cuando presencié el asesinato?

—Por supuesto que sé dónde estaba yo —contestó ella—. Estaba en mi cama. No estaba segura de dónde tenía lugar el asesinato, pero ahora que he visto a Robert Burns, ya lo sé con seguridad. ¿Lo entiende?

No, no lo entendía. ¿Cómo podía haber presenciado un asesinato si estaba en la cama? Su cara debió de reflejar la perplejidad que sentía.

—Es difícil de explicar —dijo ella—, en especial ahora que sé quién es usted.

¿Y eso qué tenía que ver? Empezó a sentir un peso entre las cejas. Lo intentó con otra pregunta.

—¿Vio usted el cadáver?

—Oh, sí. —Sintió un escalofrío y se apoyó en la silla—. Siento ser yo quien tenga que decirle esto.

A Mick se le estaba acabando la paciencia.

—A ver si la he entendido, señorita —intervino ya serio—. Usted cree que se ha cometido un asesinato en los jardines de Victoria Embankment, es allí donde vio el cadáver, pero mientras usted estaba en la cama. ¿Es así?

—Oh, no, no, usted no me ha entendido. El asesinato aún no se ha cometido, gracias a Dios. Si así fuera, usted y yo no estaríamos teniendo esta conversación. Verá...

—¿Cómo puede ser que haya visto un muerto de un asesinato que aún no ha tenido lugar?

Sophie tomó aliento y lo miró por encima del escritorio.

—Lo vi en mi mente.

No tenía por qué aguantarlo. No tenía por qué aguantar a ninguna lunática. Estaba cansado, hambriento, y empezaba a dolerle la cabeza. Se masajeó las sienes con los dedos y anheló estar delante de su soñado bistec con patatas.

—Esto me pasa por no almorzar —masculló para sí mismo—. Debería haberme comido aquel bollo.

—Pero a usted no le gusta el cordero.

—¿Qué? —Mick levantó la cabeza de golpe y volvió a sentir el escalofrío que le recorría la espalda. ¿Por qué diablos había dicho eso? ¿Cómo sabía ella que él odiaba el cordero?

De golpe lo entendió. Billy y Rob. Tenía que ser eso. Seguro que sus dos amigos estaban detrás de todo aquello. Seguro que habían contratado a la chica para que fuera allí a denunciar aquel increíble, estúpido y absurdo crimen. Otra broma de cumpleaños.

Bueno, tenía que reconocer que era una gran actriz. La habrían encontrado en algún viejo teatro de Drury Lane. Ahora que sabía que todo lo habían tramado sus amigos, Mick recuperó un poco de su buen humor y empezó a planear cómo devolverles la jugada. Se apoyó en la silla y le sonrió.

—¿Cuánto?

—¿Disculpe? —Ella se quedó mirándolo.

—¿Cuánto le han pagado? —Al ver que no contestaba, continuó—: Les diré a Billy y a Rob que esta vez me han pillado del todo. —Su sonrisa se extendió de oreja a oreja—. Pero me vengaré.

—Perdone —dijo ella sacudiendo confusa la cabeza—, pero no tengo ni idea de quién son Billy o Rob. Pero sean quienes sean, todavía «no le han pillado», citando sus propias palabras. Eso aún tiene que ocurrir, a no ser que podamos impedirlo. Verá...

—¿Está hablando en serio? —la interrumpió riéndose—. ¿Aún hay más? ¡Vaya broma!

—¿Broma? —La confusión de Sophie se transformó en consternación—. El asesinato no es ninguna broma. Al menos, para mí no lo es, y dudo que, cuando oiga lo que le tengo que decir, lo sea tampoco para usted.

—Ya. —Mick se levantó—. Creo que ya he oído bastante.

—No, espere. —Ella también se levantó y lo miró alarmada—. Todavía no he terminado.

—No se preocupe. Dentro de un rato veré a los muchachos y les diré que ha hecho un excelente trabajo. —Tiró de la chaqueta que descansaba en el respaldo de su silla—. Adiós, señorita Haversham. Si es que se llama así de verdad.

Mick se encaminó a la puerta de salida e ignoró la sonrisa que Fletcher le dirigió al pasar junto su mesa.

—¡Espere! —gritó la chica y corrió tras él—. Por favor, escúcheme. Aún tengo que contarle lo más importante. —Llegó a su lado justo delante de la puerta y, en un intento desesperado por detenerlo, lo cogió por la solapa—. Tengo que decirle quién va a morir.

—Cariño, como si es el mismísimo primer ministro. —La obligó a soltarlo y atravesó el vestíbulo hasta la entrada principal de Scotland Yard.

Pero ella no iba a dejar que se fuera tan fácilmente. Corrió hasta colocarse delante de él, bloqueándole la salida.

—Va a importarle, créame.

Se la veía tan desesperada, que Mick se dio por vencido. Tal vez no iban a pagarle si no le contaba toda la historia hasta el final.

—De acuerdo —dijo entre risas—. ¿Quién va a ser la víctima de ese asesinato que aún no ha ocurrido y que sólo usted ha visto en su mente?

Ella le puso una mano en el brazo y lo miró con algo parecido a la compasión.

—Usted.